

El Fuego de San Telmo

José Baena

EL FUEGO
DE SAN TELMO

algaida
eco

La novela *El fuego de San Telmo*,
de José Baena, resultó ganadora del
V Premio de Novela Ciudad de Salamanca

© José Baena Reigal, 2001
© Algaida Editores, 2001, 2005, 2009
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-183-1
Depósito legal: NA-26-2009
Impresión: Rodesa, S. A.
(Rotativas de Estella, S. A.)
31200 Estella (Navarra)
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I	Una llamada imprevista	13
II	El retablo de las maravillas	33
III	Pacto en el seminario	57
IV	En el nombre de Dios.....	85
V	Lola montero	123
VI	Lecciones de abismo	165
VII	Mundo subterráneo.....	205
VIII	Cita en Marbella.....	225
IX	La conspiración de nadie	245
X	El interior del laberinto.....	287
XI	El Qutb.....	319
XII	El sexto sello	355
XIII	El custodio de tierra santa.....	391
XIV	Octogonia.....	445
XV	Leah	469
XVI	De profecías e imposturas	503
XVII	El sol a medianoche	553
XVIII	Éxodo.....	573
XIX	El color ocre	615

A mis padres

—¡Mire allá arriba! —exclamó Starbuck—. ¡El fuego de San Telmo! ¡El fuego de San Telmo!

Todos los brazos de las vergas estaban rodeados de un fuego lívido, y las triples agujas de los pararrayos lucían tres largas lenguas de fuego, mientras los tres altos mástiles daban la impresión de arder silenciosamente en la atmósfera azufrada, como tres cirios de cera ante un altar.

—¡Maldita lancha! ¡Que se la lleve el demonio! —gritó Stubb en el momento en que una ola arrolladora levantó la pequeña embarcación, aplastándole la mano cuando intentaba aferrarla—. ¡Maldita sea! —pero al retroceder, como deslizándose, sus ojos, que miraban hacia arriba, descubrieron las llamitas. Cambiando de tono al instante, exclamó—. ¡Fuego de San Telmo! ¡Ten piedad de nosotros!

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

I
UNA LLAMADA IMPREVISTA

He aquí mi predicción para el futuro: ¡Lo que no ha sido, será! ¡Y nadie puede librarse!

J.B.S. HALDANE

A PENAS SI TENGO QUE RETROCEDER UNOS PASOS EN la espiral del tiempo para recordar el comienzo de la aventura que he vivido o, para ser exactos, que me vivió. Sólo cuando estuve demasiado involucrado en ella empecé a sospechar su verdadera dimensión. Pero era tarde para dar marcha atrás; el resultado fue que me dejé llevar con todas sus consecuencias. Ahora, desde mi refugio de Marrakech, todo aparece muy lejano, como si hablara de cosas sucedidas en una vida anterior. Es el efecto, la distorsión que produce esta ciudad prodigiosa, demasiado encandilada en sus propios misterios para facilitar la evocación apasionada de algo que no tenga que ver con ella misma. Sin embargo, llevo a Málaga demasiado dentro y espero regresar a su ámbito cuando tenga dibujado con mayor claridad el perfil de lo que habrá de ser mi vida a partir de ahora.

Me estoy rehaciendo por dentro y no tengo voluntad de acelerar nada. No creo en finales o comienzos.

Aunque he tenido que venirme a esta ciudad, una burbuja verde y roja casi al borde del desierto, para comprender.

Vivo en un luminoso ático situado en la zona moderna de Hivernage, la más cercana al casco viejo y a un paso de los grandes hoteles construidos para los turistas que durante todo el año van y vienen como rebaños conducidos por los guías, sin otro contacto con la ciudad que el que les permite el frío objetivo de sus cámaras y aparatos de vídeo, en un fracasado intento de fijar los perfiles de una realidad multiforme que se les desvanece como un jirón de niebla al intentar aprehenderla. Desde la amplia terraza, a la altura de una sexta planta, disfruto de una panorámica digna de figurar en cualquier revista de viajes. Abarca, desde los jardines de la Menara y las amplias avenidas arboladas situadas a mis plantas, hasta el viejo caserío de la antigua medina, de cuyo abigarramiento sobresalen los minaretes de las mezquitas, destacando en un primer plano la magnificencia almohade de la Koutubia, de airoso perfil inconfundiblemente andalusí. La enorme mancha rojiza de la ciudad aparece delimitada por el Palmeral y por una sucesión de llanuras rojizas y pequeñas colinas rocosas, más disminuidas todavía por la enorme mole del Djebel Toubkal, que contagia su fuerza a un horizonte tan intenso como el desierto al que sirve de antesala y cuyos secretos guarda en su contemplación inmemorial.

Excepto las esporádicas visitas de algunos nuevos conocidos, sólo me acompaña la silenciosa presencia de la anciana Fatma, que todos los días viene arrastrando sus piernas para limpiar la casa, lavar la ropa y

preparar la comida. Algunas veces musita algo que no entiendo y rompe a reír. Yo sonrío y le suelto, venga o no a cuento, algunas de las frases hechas que he aprendido en árabe y que no sé siquiera si comprende. Creo que no, pero qué importa eso. Pertenece a mundos tan distantes que no tenemos nada que decirnos. Ella hace la parte de trabajo que le corresponde, agradece con profusos gestos lo que le pago, y así está bien. Por la mañana me dedico a escribir; el ajetreo de la vieja no empaña el silencio ni la paz que necesito, mientras su invisible presencia, atestiguada por algún que otro ruido y sus frecuentes invocaciones para ahuyentar a los malos espíritus —los omnipresentes *djins*—, extiende a la casa un hálito de humanidad antigua y serena que, de alguna manera, reconforta.

Esa paz que necesito no la encontraré apegado a las rutas habituales. Pasaron demasiadas cosas para que mi mirada consiguiera interiorizarse en el escenario principal de las vivencias que me propongo reconstruir. Por otro lado, cabe decir que yo no elegí venirme, lo mismo que tampoco decidí vivir las andanzas últimas. Como en un tobogán, todo fue demasiado rápido; la resaca de la vida me trajo hasta Marrakech. Asentarme aquí es lo mejor que hasta ahora me ha pasado. Libre de afectos opresivos, de miradas que esperan correspondencia y de obligaciones no deseadas, frutos de una larga trayectoria de apegos, como ocurre siempre que nos anclamos en algún sitio o en alguien, mis ojos atónitos descubren la nueva inocencia que brota a cada paso en esta ciudad abierta a todos los misterios, pero que no es ni será nunca mía.

He traído conmigo algunos textos de historia, de filosofía y una cuidada selección de los mejores ensayos editados sobre sufismo y física de vanguardia, en un cóctel altamente inestable. La sabiduría contenida en ellos cobra aquí una dimensión inédita, como si el aire de la ciudad incidiera en mi percepción del conocimiento, otorgando a las cosas un sentido tan total que, a veces, tengo que detenerme en el camino y demorar la contemplación de las extrañas perspectivas que van surgiendo, para acomodar los ojos a su visión. También traje conmigo las cintas grabadas por Román, así como mis propias grabaciones y los apuntes acumulados desde hace más de un año, inapreciable ayuda para reconstruir las vicisitudes de la gran aventura que tanto ha cambiado mi vida. Resulta difícil registrar lo que realmente sé, y, sobre todo, hacerlo comprensible para mí mismo. Ahora empiezo a vislumbrar que el contrato entre lo maravilloso y lo positivo, del que hablaba Paul Valéry, no se ciñe únicamente al dominio de las ciencias físicas o matemáticas. Lo que es verdad para estas ciencias también juega, sin duda, en las ciencias humanas y en nuestro mundo interior. Sólo que cuesta mucho percibirlo. Para variar este estado de cosas es imprescindible que nosotros mismos estemos dispuestos a cambiar, aceptando —es obligado— una determinada cuota de sufrimiento. Lo sé porque lo he vivido; lo estoy viviendo todavía. El pasado reciente bulle aún como una resaca y su recapitulación supone la parte visible de un intento para recobrar las propias señas de identidad de los recovecos en los que el tiempo termina sepultando la memoria.

De este modo, recordando, meditando, escribiendo, me abro al difícil arte del desapego con las luces y las sombras de Marrakech como telón de fondo. Estoy accediendo a otra comprensión de la Historia y de mí mismo que, atisbada a veces o deseada, hasta ahora resultó inalcanzable. Atrapados en una insaciable red de conveniencias obligadas, claudicamos para no ver las ataduras que nos retienen en un pasado que acaba sirviendo de leña a la hoguera donde vamos quemando inútilmente las ilusiones. Por eso recurrimos al engaño para poder subsistir y a la voluntad patética de convertir lo trivial en desmesura. Viví demasiado tiempo en estas coordenadas para no apreciar el vacío afectivo en el que me he instalado como el cangrejo ermitaño en una concha vacía. Por primera vez empiezo a sentirme libre de sentimientos acuciantes. ¿Libre? Casi no acabo de creérmelo. De todas formas, mi postura no significa cerrar la puerta a nadie o negarme a nada. Estas cosas son ahora y aquí. En todo lo que pueda venir, ya actuaré en consecuencia cuando el momento llegue. He aprendido que si el espíritu no se abre a otro espíritu semejante, nada se aprovecha.

No he llegado a Marrakech como turista, ni tampoco me siento desterrado: conservo el piso de La Carihuela, frente a mi mar de siempre. Allí guardo los objetos que he ido reuniendo, compañeros mudos de mis andanzas. Esta parada forma parte de un viaje al interior de mí mismo en el que ahora trato de revisar cuál es la situación. Porque mi mundo ha sufrido una fuerte mutación.

Prefiero escribir por la noche. Encuentro menos interferencias. Ayer mismo estuve revisando mis papeles

e hice las últimas anotaciones. Afortunadamente, las imágenes del pasado, como pálidas estrellas, comienzan a diluirse sobre el horizonte de palmeras, cediendo el primer plano a los nuevos protagonistas, esos personajes vivos de Marrakech que parecen salidos de las páginas de algún cuento de *Las mil y una noches*, en edición ilustrada por un aguafuertista borracho.

Está amaneciendo. Poco a poco comienzan a delimitarse los contornos de la medina con el primer diluvio de resplandores temblorosos que harán brotar destellos plateados en los rojos pedregales y en el verde bruñido de las copas de las palmeras. Hace poco, leve como un suspiro y tan confuso que era preciso retener el aliento para escucharlo, he oído el primer azán o llamada a la oración procedente de algunos de los minaretes todavía invisibles. La voz dulce del muecín recitando el Subh, con una entonación que es como una vibración del aire mismo, suspendida sobre los tejados y azoteas de la ciudad:

«*Al-lahu akbar*», Dios es el más grande, repetida cuatro veces. «Doy testimonio de que no hay más Dios que el único Dios. Doy testimonio de que Muhammad es el Enviado de Dios. Venid rápidos a la oración. Venid rápidos al triunfo porque la oración es mejor que dormir. No hay más Dios que el único Dios verdadero.»

Pronto la ciudad irá despertándose a un ritmo lento, acompasado. Hasta mí llegarán las señales de la actividad humana. Marrakech toda, abriéndose parsimoniosa como una planta brotada del desierto, con sus fascinantes colores, su promiscua multitud deambulando por entre los tenderetes de la ciudad antigua o estallando en las plazas y zocos con el espectáculo

exhibicionista de un organismo que expone a la contemplación de propios y extraños sus tripas, su miseria intemporal, su insolencia de olores y luces en la diafanidad impalpable de un aire casi ofensivo bajo la claridad del mediodía.

Todo empezó con una llamada telefónica. Serían las diez o las once de una noche calurosa de finales de junio de 1995. Como otras muchas veces a esas horas, estaba instalado en la terraza de mi casa de La Carihuela, la antigua barriada de pescadores de Torremolinos. Intentaba descubrir en la calma chicha algún indicio de brisa marina que aliviara con su humedad salobre la calina acumulada por un día demasiado ardiente. El teléfono comenzó a sonar. Acudí a su llamada temiendo —no me apetecía salir— el compromiso de alguna propuesta inoportuna. Cuando descolgué el auricular oí la voz zumbona de alguien conocido. Pero, cogido de improviso, fui incapaz de identificarlo.

—¿Qué tal, Bernalito, sigues vivo? ¿Dónde te metes, coño? ¿No me reconoces?

Una carcajada apenas contenida remató la comunicación. Vacilé antes de responder, intentando cuadrar la voz y reconocer a su dueño. ¡Me resultaba tan familiar! Sin concederme respiro, prosiguió:

—¡Soy Román Grau, joder! ¡Pues sí que estás fino esta noche! ¿Has bebido? ¡Anda que para localizarte...! He llamado un montón de veces y nunca estás. ¡Pendón!

Eché a reír. Era el mismo Román de siempre, expansivo, casi avasallador. Le pregunté por dónde andaba y qué hacía.

—Trabajando como los buenos, no como otros que yo me sé, que viven a la bartola a costa del presupuesto público. Sí, las vacaciones. ¡Ah, las vacaciones de los docentes! Son como los calores de esta puta ciudad, que nunca se sabe cuándo empiezan ni cuándo terminan.

—En Granada te podías haber quedado disfrutando de las brisas del Darro —repuse irónico, siguiéndole la corriente en su mismo tono frívolo.

—Oye, que tengo otra llamada en espera y debo cortar. ¿Te gustaría asistir mañana al desenterramiento de los restos de Pedro de Mena?

Quedé de una pieza. Había cambiado el tono de la voz y parecía hablar en serio.

—¿Que asista a qué? ¿Bromeas? —pregunté, esperando alguna aclaración.

—¿No lees la prensa ni escuchas la radio? Es una larga historia que ahora no puedo explicar. Pero hay cosas que pueden interesarte —vacilé sin saber a qué carta quedarme, pero Román prosiguió inmediatamente—. Esto es sólo la fachada un asunto mucho más extraño que no ha llegado a trascender para evitar la presión de los medios informativos y que el sensacionalismo se desborde.

—Adelántame algo —pedí.

—Se trata de la posible existencia de un manuscrito relacionado con antiguas profecías que puede estar enterrado en algún lugar de Málaga. No lo comentes con nadie. Mañana te pondré al corriente de todo.

—Sí, de acuerdo —repuse picado por la curiosidad.

—Nos veremos a las doce en el Café Central, ¿te parece bien? El acto tendrá lugar un poco más tarde

en la Iglesia del Santo Cristo de la Salud. Así tendremos tiempo para charlar un rato y contarnos cosas, ¿vendrás seguro?

—Estaré allí a las doce en punto —le aseguré con rotundidad.

—Bueno, pues hasta mañana. ¡Que seas bueno!
¡Un abrazo!

Colgó.

Quedé perplejo. Sin embargo, estaba muy lejos de sospechar que aquella llamada sería el comienzo de una alucinante aventura que cambiaría las coordenadas de la vida cómoda en la que estaba instalado desde que la Universidad de Málaga me contrató para dar clases de Historia Contemporánea, cuatro años atrás. Conocía, desde luego, la mitomanía casi obsesiva con la que Román adornaba su dedicación al periodismo, siempre a la busca y captura de esa sensacional noticia que le permitiera realizar el reportaje con el que soñaba consagrarse como el gran periodista que creía ser, ante la envidiosa mirada de los más veteranos e intocables, «esas viejas reliquias que deberían ser incineradas por el bien de la salud pública», como solía afirmar con venenosa saña. El largo tiempo transcurrido sin que tuviéramos noticias el uno del otro, su intempestiva llamada y el interés que parecía demostrar en mi asistencia al extraño acto, me hicieron pensar que esta vez se trataba de algo diferente. Aunque no alcanzaba a comprender a cuenta de qué venía su solicitud, ni las consideraciones que había hecho para llegar a la conclusión de que el asunto que se traía entre manos merecería mi atención.

Cuando regresé a la terraza apagué la lámpara y me recosté en la butaca mientras perdía la mirada en

el horizonte del mar, señalado por la convergencia de los senderos luminosos reflejados por la luna llena. El levante comenzaba a soplar, acercando más la algarraba de músicas encontradas procedente de las terrazas de bares y restaurantes.

Era casi inevitable que en mi cabeza se agolparan los recuerdos de las andanzas vividas en Granada con Román y Lola. Habían pasado poco más de cinco años, aunque parecían corresponder a un pasado mucho más remoto. Ahora vivía donde siempre quise vivir, al borde de mi mar malagueño, pero fuera del espacio abarcado por la ciudad. En La Carihuela encontré el hueco perfecto, suficientemente cercano y, al mismo tiempo, alejado. Por primera vez, los libros estaban todos juntos, ordenados por materias en una proporción tan variable como si se tratara del proceso de crecimiento de un organismo vivo. Fueron mis mejores compañeros en los sucesivos destinos y había deseado el momento, algunas veces con desesperación, en que descansáramos —ellos y yo— en algún lugar costero cercano a Málaga, mi ciudad natal, a la que amo y detesto con los altibajos de una pasión desigualmente correspondida, incrustada en un tiempo que resulta muy difícil de acoplar.

La mayor parte de la gente que visita la ciudad, y muchos de los que en ella viven o han nacido, nunca llegan a percibir ese aliento interior que refluye como un río subterráneo bajo su apariencia abierta y despreocupada. El tiempo va alisando el espacio en su raso más ramplón, nivelando las profundidades y colocando falsos pasadizos sobre sus entrañas milenarias. No voy a definir con conceptos lo que Málaga significa

para mí. Sería tan imposible como al buscador del conocimiento hermético hablar de las bases de su iniciación. No es tanto que esté prohibido revelarlas, sino que hacen referencia a algo más vital o primario; son productos de una experiencia personal. Con mi vivencia del Mediterráneo pasa lo mismo. Las referencias culturales a las que habría de recurrir para definir mi concepto de mediterraneidad carecen de relevancia porque en su esencia no son conceptuales. El intelecto no puede aprehenderlas, pero el cuerpo, que es más completo que el intelecto, lo sabe. Málaga también las conoce. Por eso vive desparramada a lo largo de su franja costera, recibiendo de los dioses antiguos esos dones de la vida que carecen de nombre, pero que atan a sus moradores con la misma conciencia cómplice que los secretos compartidos. Los testigos de este vínculo no son los monumentos construidos por el hombre y que recuerdan permanentemente las vicisitudes de un pasado enterrado, asfixiante en muchos casos, como pasa con algunas ciudades del interior, maravillosas para ser visitadas pero agobiadoras para vivir en ellas. Aquí los testigos están esparcidos en la vida que bulle en sus calles, en el aire, en su cielo milagrosamente azul o en ese mar del que es inabarcable orilla, inenarrable cómplice.

Acaso por vivir ensimismada en su propia claridad, la ciudad resulte tan madrastra para sus hijos, a los que no distingue de los adoptados, de tantos recién venidos a los que acoge sin preocuparse por sus señas de identidad o su pasado. Es demasiado joven o demasiado vieja para interesarse por otra cosa que no

sea el milagro de su propia y diaria resurrección. Es ese repetido prodigio el que la convierte en un lugar óptimo para la vida y su disfrute, en fervoroso ámbito del momento presente, que es incompatible con la contemplación del tiempo transcurrido, anticipo de la muerte en todos los relojes.

Madre y madrastra, novia deseada durante mis años de peregrinaje por los lugares secos del interior, soñada y recreada como acabamiento de un exilio forzado por circunstancias laborales, casi reencontrada ahora que la vivía a diario, aunque sin habitar en ella, como protegido ante sus desdenes de amante infiel. El resultado podemos llamarlo, ¿por qué no?, equilibrio. Un equilibrio traducido en las diarias idas y venidas para dar las clases en la Facultad o en los largos paseos por mi mundo de La Carihuela, con sus callecitas peatonales hechas para la convivencia y su larga playa, a cuyo resguardo recalca la gente mayor venida de las lejanas tierras del norte, que busca, a esas alturas de la vida, un lugar adonde el sol recaliente sus cansadas osamentas. De este modo concilié el sosiego con las tensiones de la vida diaria, inevitables, pese a que en la Universidad me limitaba a dar las clases, sin participar en la permanente batalla de murmuraciones y rencillas entre las personas y los diversos departamentos, que constituye la mezquina realidad de tantos compañeros en la docencia.

Tal vez porque, excepto en pequeños intervalos, siempre he vivido solo, sentía la sensación de haber encontrado en mi casa ese marco estable que uno necesita para poder desenvolverse sin demasiada merma en el inestable juego de lo cotidiano. Vivir solo no es,

desde luego, ningún valor, pero tampoco está nada mal. Es una forma de vida que algunos soportan y otros hemos aprendido a valorar, tal vez convencidos de que la más perniciosa soledad suele darse en compañía. Porque no es lo mismo vivir solo que estar solo. Como muy bien conocen los sabios de todas las creencias, en el fondo no hay más que dos maneras de vivir en el mundo: vivir hacia adentro o desvivirse hacia afuera. Compartir las cosas es necesario —a veces— como medida de higiene, pero no hay por qué compartirlas todas, ni todo el tiempo. Cuando uno se acostumbra a esa deliciosa sensación de no tener que dar cuentas a nadie, ni depender de nadie, termina descubriendo el sabor del tiempo interior que es, para mí, como decir el de la propia e incompañable mismidad, en la que el mero atisbo de otra presencia puede resultar excesivo en bastantes ocasiones.

La fórmula conseguida representaba, hasta ese momento, una especie de regreso a la independencia animal que casi siempre tenemos cuando somos jóvenes y, tal vez, un intento de recobrar, en lo posible, la juventud perdida. ¿Cobarde? No lo creo. En todo caso, decepcionado de la condición humana.

Escribo estas líneas en circunstancias muy diferentes y muchos meses después de los sucesos que narraré a continuación. La extraordinaria aceleración del tiempo trajo aparejada una paralela contracción del espacio que, por así decirlo, ha achicado la base frágil en la que se asentaba el equilibrio alcanzado. Hoy lo reconozco. En algunos momentos llegué a sentir que me quedaba sin sombra, como aquel personaje de Adalberto von Chamisso. Para rehacerme, desde la clan-

destinidad sonora de Marrakech, reconstruyo las marcas dejadas, observando en la memoria el pulso interior de los acontecimientos, que condiciona el curso de nuestras vidas y engloba, como resultante, esa metafísica secreta a la que posposamente solemos llamar *destino*.

Estas reflexiones son las resultantes de un proceso que, una vez vuelto a la terraza después de atender la llamada telefónica de Román, estaba muy lejos de imaginar que se desencadenaría con el trivial repique-teo de un teléfono, en una noche cualquiera de un verano como tantos otros. Recuerdo que entonces repasé los hitos del itinerario que juntos recorrimos y las claves de nuestro posterior alejamiento después de que, en uno de sus impredecibles caprichos, el juego de la vida nos reuniera en Granada a él, a Lola y a mí.

Ocurrió a finales del verano de 1986. Como quien dice, acababa de aterrizar en Granada, ciudad que conocí y amé durante mi época de estudiante en el viejo Palacio de las Columnas, de la calle Puentezuelas, donde entonces estaba ubicada la Facultad de Filosofía y Letras. Desde aquellos años, Granada aparece asociada a muchos de mis mejores recuerdos, al frío de las heladas mañanas, cuando el aliento se condensaba en el aire y la angustia del inmediato examen taponaba cualquier otro tipo de preocupación que no fuera acabar pronto y celebrarlo a continuación en los caldeados cuchitriles donde nos dábamos cita casi cada noche para conversar sobre todo lo divino y lo humano, pero, mayormente, sobre política, ¡qué tiempos!

Pero hablaba de Román. Cuando lo conocí, él llevaba algunos años residiendo en Granada y era direc-

tor local de una cadena radiofónica de ámbito nacional, dedicación que simultaneaba con la tarea de cronista cultural del diario *Ideal*, el de mayor difusión de toda la provincia. Mi encuentro con él resultó providencial porque me abrió las puertas del cerrado mundillo del periodismo local, en cuyo seno terminé por desenvolverme como pez en el agua, circunstancia que resultó decisiva para la valoración del trabajo que entonces desarrollaba como director del Área Cultural de la Diputación Provincial, y cuyos aciertos o errores eran evaluados cada día, entre otras razones, porque en un mundo tan reducido suelen pasar muy pocas cosas. También, por qué no decirlo, concurría la carga de mi foraneidad. De este modo, mi trato con los periodistas, procedentes de fuera de Andalucía algunos de ellos, como era el caso del mismo Román, supuso para mí un alivio que derivó en simpatía compartida y que se tradujo en comentarios elogiosos sobre mi trabajo, facilitándome las cosas.

Román era un tipo corpulento, con una cierta tendencia a la obesidad, atenuada por su elevada estatura y la permanente predisposición que demostraba para moverse e ir a cualquier parte sin importarle la hora. Rubicundo, con un imponente bigote que acentuaba la rectitud de la nariz, escrutaba con avidez a sus interlocutores para distraer luego su maliciosa mirada hacia detalles o recovecos que sólo él parecía observar. La sensación explosiva que transmitía de inmediato se veía acentuada por su manera de hablar, un tanto enfática, pontificando su discurso en un tono desdeñoso, ofensivo a veces. Sin embargo, pese a la actitud crítica, consustancial a su espíritu inquieto y emprendedor, le

gustaba presumir de vulgaridad, tal vez para poder calificarme a mí como demasiado fino —*fino*, decía él—, regocijándose con las puyas que me dirigía y que, conociéndolo, no me molestaban en absoluto. Ya sabíamos todos «las cosas de Román» y cómo los dardos podían volverse hacia cualquiera de los presentes de un momento para el siguiente.

Llegamos a un nivel de conocimiento aceptable que incluía cierto grado de confidencialidad, necesariamente efímera porque pronto volvía a colocarse la máscara burlona y ya nadie sabía dónde estaba la verdad o dónde comenzaba la representación de esa imagen que se había forjado de él mismo. Luego pude comprender que cuando tenemos algo que esconder, nos convertimos en actores y obligamos a actuar a todos los que nos rodean. Desde un principio, me pareció que se pasaba el tiempo representando, especialmente para sí mismo. Quizá sea esto un mal general del que nadie está completamente exento, pero él daba la impresión de sobreactuar siempre y repetirse. Ante su voluntad de ocultación, algunas cosas podían intuirse, entre otras que no era demasiado feliz. Tal vez por eso, gastaba en salvos buena parte de su energía y de su tiempo. De todas formas, llegué a tomar por Román un afecto verdadero. Se me antojaba un niño grandote y algo patoso, más necesitado de protección que otra cosa, aunque esto fuera lo último que él habría estado dispuesto a confesar.

Al tiempo que se esforzaba en parecer comprometido con todo lo que hacía o con las opiniones defendidas, un observador atento no dejaba de ver que semejante tarea le suponía un evidente esfuerzo, como

si esas mismas cosas no le concernieran en demasía. Algunas veces llegué a buscar una confrontación seria con él a propósito de algún asunto concreto, pero en todas las ocasiones, después de un acalorado inicio, rehuía el cuerpo a cuerpo y, con una finta, reconducía la situación hacia derroteros evasivos que camuflaba con la profusión de su sarcasmo. Tal vez fueran las actuaciones de los políticos y sus presuntas corruptelas lo único capaz de encenderle la sangre; adoptaba entonces hacia mí una actitud retadora, como si yo fuera cómplice o testaferro de los posibles trapicheos. En casi todo lo demás, su conversación era fragmentaria, salpicada de observaciones y críticas malintencionadas sobre aspectos privados del paisanaje que conocíamos, en un discurso tan banal como el de la mayoría de la gente. Nunca observé en él esa objetividad superior que agranda los personajes y les confiere nobleza. Si es verdad que, como decía Oscar Wilde, nada es pecado excepto la ligereza, Román vivió desde que lo conocí en permanente estado de pecado mortal.

La volubilidad característica de su relación con las cosas era extensible a las personas, incluida su propia hija de diez años —a quien apenas si veía—, producto de un primer y único matrimonio, pronto acabado en divorcio. Era frecuente en él asomar con alguien nuevo en el grupo que habíamos formado —«mi último descubrimiento», decía— y que presentaba con un interés aparentemente verdadero, hasta que al recién llegado le tocaba el turno de desaparecer tan inesperadamente como había surgido. Al poco tiempo apa-

recía con otro nuevo «descubrimiento», y vuelta a empezar. Así compartimos los desmadres de algunos veranos granadinos, madrugadas de copas por la zona de Pedro Antonio de Alarcón, aunque yo terminaba siempre recogíendome antes que él. Y es que su noctambulismo era capaz de vencer la resistencia del más pintado.

Mi trato con Román fue siempre deferente, con un afecto no exento de una cierta y prudente dosis de distanciamiento. Temía sus arranques de mala leche y su crónica indiscreción; pero no quiero negar que con el tiempo me acostumbré a él y a considerarlo un amigo. Cuando regresé a Málaga, a los pocos meses de que Román se viniera, reanudamos durante algún tiempo cierta asiduidad. Recuerdo ahora como especialmente significativas las manifestaciones de su ajetreada vida amorosa, vuelta descaradamente —inevitable descaro, tratándose de él— hacia una homosexualidad que parecía haber inventado. Para mi disgusto, durante la breve continuación malagueña de nuestra amistad, no tardé en comprobar el carácter notorio que el periodista se encargaba de dar a este aspecto de su personalidad, explorada con tanto empeño como si el cambio de ciudad le hubiera hecho variar también su orientación sexual anterior. Era esta voluntad suya de dar publicidad a los asuntos íntimos lo que me molestaba de él y no, desde luego, las peculiaridades de su nuevo desarrollo.

Con su comportamiento, Román mostraba otras facetas del carácter, algunas de las cuales ya había observado en buena medida. Sobre todo, ese sentido es-

cenográfico que le hacía confundir la libertad con su representación. Ingenuamente creía controlar la escena en todos sus detalles, centrando en sí mismo los focos de su propia atención. También era posible comprobar su voluntad desafiante, que convertía el mundo de los sentimientos íntimos en una especie de pulso frente a los demás, en un combate donde se reservaba el papel del ganador. Yo tendía a ver en su comportamiento los rasgos de una personalidad inmadura que necesitaba el aplauso como coartada ante el temor de no ser aceptado.

Aunque por el tiempo transcurrido no sea capaz de reparar en ello, tal vez debí defraudarlo de alguna manera, ya que nuestro trato se espació, hasta dejar de vernos por completo. En todo caso, me reconozco responsable de no haber hecho nada para evitar distanciarnos. Desde entonces habían transcurrido más de tres años y lo poco que sabía de Román Grau era que andaba por Marbella dirigiendo una emisora de radio y que una vez por semana aparecía una colaboración suya —de ésas de cabecera fija— en el diario *Sur*, con chismorreos del cotarro político local y a las que, lo confieso, no presté demasiada atención.

Con todo lo dicho, sobra insistir en que la discreción no era la virtud fundamental que Román practicara. Se sentía obligado a demostrar a cada paso que estaba mejor informado que nadie, tendencia que, por lo que he podido comprobar, está muy arraigada en muchos representantes de su gremio. Definitivamente, Román Grau no era la persona más indicada para guardar un secreto. Aunque ya conocía esta particularidad suya, por aquel entonces estaba muy lejos de

sospechar el daño que su actitud habría de ocasionarle, así como el peligro que añadiría a la tarea de llevar a buen puerto la aventura que juntos emprenderíamos y para la que una buena dosis de estricto silencio hubiera resultado tan aconsejable.